

I

«Antonio... Antonio, ¿me amas?»

Escuchaba el hombre consumido por los años y las enfermedades, que mantenía la mirada fija en el Cristo que le quedaba enfrente de la cama vieja, que le sirvió para descansar en los últimos años. Musitaba una oración mientras rodaban lágrimas por su cara y una sonrisa perceptible sólo para él, transformaba el rostro del Cristo en la cruz, luego se fue quedando dormido.

La fiebre no cedía y fray Agustín Soto se acercó a limpiar su cara huesuda con un lienzo húmedo, mientras hacía lo posible por contener la pena. Las primeras horas de la noche las pasó con sobresaltos, su amigo no cesaban en toda clase de prevenciones para aminorar las dolencias del anciano.

Cerca del amanecer había cedido la fiebre, abrió los ojos, tomó la mano del Fraile, le dio un ligero apretón con una sonrisa y se quedó dormido. Lo cubrió con una manta y se dispuso a descansar

en la vieja silla que tenía al lado, lo invadió un sueño pesado y no sintió pasar las horas, hasta que el ruido de la puerta lo despertó con un sobresalto.

—Buenos días, —dijo en voz baja el cura que traía el Santísimo, eran pasadas las siete de la mañana.

—Buenos días, —respondió Fray Agustín también en voz baja, mientras se levantaba con presteza para apoyar en el ministerio al visitante.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Mucho mejor Padre, la fiebre cedió y pudo descansar unas horas.

El enfermo abrió los ojos, vio a uno y otro y una sonrisa iluminó su cara moribunda.

—Gracias, —musitó y se dispuso a recibir el Cuerpo de Jesús, juntó las manos, abrió los labios y el sacerdote le ofreció la Hostia, que recibió con la cara radiante, pese a todas sus dolencias.

Gracias os doy Jesús por entrar en mi cuerpo.

Dijo con voz apenas audible, luego se volvió a Fray Agustín y al sacerdote que le llevó la Comunión, seguía con las manos juntas, cerró los ojos y oró durante unos minutos, luego los abrió, se dirigió a ellos con rictus contrito, para volver la vista al Jesús crucificado.

Hacedme digno de estar en vuestro seno Señor, perdonad las faltas que haya cometido por mi fragilidad humana y permitidme estar en tu reino. Amén.

Rogó, luego volvió a cerrar los ojos y se fue quedando dormido.

Era el 21 de julio de 1792, su estado de salud parecía que mejoraba, lo que daba ánimo a quienes lo cuidaban, pero por su edad avanzada, su vida austera de ayunos, las enfermedades que lo aquejaban y el arduo trabajo que hizo durante toda su vida, sabían que pronto moriría.

Fue el último día que recibió los Santos Sacramentos, esa misma noche su salud se fue agravando, no bastaban los cuidados del médico betlemita que lo atendía, ni de su amigo Fray Agustín Soto.

No se quedaba solo un instante, la fiebre era persistente y su minado cuerpo se fue reduciendo cada vez más, la delgadez hacía resaltar sus huesos, les costaba trabajo que ingiriera bocado y poco a poco se fue consumiendo.

Por momentos se agravaba y acudían a su cama los amigos, incluso, por varios días estuvo rodeado del Cabildo Metropolitano, la estructura de poder de la Catedral estaba en pleno a su lado, y siempre, también, su amigo y mayordomo Fray Agustín Soto.

La oración constante en torno al Prelado, salía de la celda como un rumor que invadía los pasillos de la Casa del Obispo. Así pasaron los días, amargos unos, esperanzadores otros.

Por fin, la noche del lunes seis de agosto parecía recobrase, luego decayó, así estuvo por horas, la respiración se le dificultaba y el sudor le cubría la

frente, la calentura iba en aumento y para traer aire a sus pulmones, abría la boca con ruidos roncós y sofocados, aun así, emitió una última oración:

Padre, en tu seno me acojo.

Apenas fue audible para los presentes, estaba por amanecer ese martes siete de agosto de 1792, eran las cuatro de la mañana, cuando con los ojos muy abiertos, mirando siempre al Crucifijo, en un esfuerzo extraordinario, levantó las manos hacia él, luego también un poco la cabeza y dio el último suspiro en plena lucidez.

Al mismo tiempo, los presentes sintieron una suave y vivificante brisa que entró a la austera celda, quién sabe de dónde y vieron el rostro sereno del fraile en el que se dibujó una ligera sonrisa. Así dejó esta tierra, a la edad de 91 años, con cuatro meses y veintidós días.

—Ha muerto.

Se veían uno a otro con incredulidad y al unísono se arrodillaron y empezaron las plegarias. Pronto la noticia corrió por la Casa del Obispo y una hora después repicó, por una sola vez, la campana mayor de la catedral, anunciando a la ciudad que el vigésimo segundo y más ilustre Obispo de Guadalajara, Fray Antonio Alcalde y Barriga, había muerto.



De rodillas, a un costado de la cama del fraile, Agustín veía su cuerpo sin acertar a asimilar que ya había dejado de existir, apretaba su mano, aún estaba calientita. Cerró los ojos e hizo una breve oración, luego se levantó y empezó a preparar a su mentor, para el viaje que emprendería hacia la eternidad.

Dejaba correr las lágrimas y con nitidez llegó a su mente el primer acercamiento que tuvo con el que fue su guía durante casi cuarenta años, era la primavera de 1754. Había puesto todo su empeño en aprender latín y en prepararse hasta donde sus posibilidades se lo permitían, quería realizar su sueño: vestir el hábito dominico. Tenía 19 años cuando fue admitido en la orden que fundó Fray Domingo de Guzmán, iba gozoso, con un pequeño atado que contenía todas sus pertenencias.

El hermano Lego que custodiaba la puerta del monasterio, ya sabía de su llegada y lo dirigió por un pasillo con paredes de piedra, hacia una sala con grandes ventanales que daban al jardín del convento. Agustín la recorrió con la mirada mientras esperaba al Padre Prior, le agradó la sencillez y austeridad de sus muebles, la finca monacal era luminosa, gracias a los rayos de sol que entraban ese medio día por la ventana.

Estaba nervioso y respiraba agitado, no sabía a que se enfrentaría, ni cómo lo recibiría el Superior del Convento. Se acercó al ventanal y veía hacia el jardín, donde la primavera se hacía presente en los frutos que colgaban de los árboles y las flores que

emanaban un delicioso aroma que llegaba hasta esa rústica sala, cuando escuchó a sus espaldas una voz grave, pero armoniosa.

—Buenos días tengas don Agustín. —Volteó sobresaltado, se sintió pillado, el rubor llenó sus mejillas y respondió con un tartamudeante:

—Buenos días Excelencia, —vio a ese hombre delgado, alto, de nariz aguileña, para enseguida bajar la mirada ruborizado, mientras hacía una inclinación. Fray Antonio rio y se acercó a él, no dejaba de observarlo.

Así se quedó, quieto y con la cabeza baja por unos segundos, hasta que con ánimo alegre el Fraile lo invitó a tomar asiento. Agustín obedeció, luego puso su atado en el suelo junto a sus pies y aún apenado, levantó la cara para encontrarse de nueva cuenta con un rostro sereno.

Respiró profundo y así se mantuvo mientras el Padre Prior le hacía preguntas. Sentía su penetrante mirada, como si pudiera ver lo que guardaba su corazón y entendimiento, intuyó en ese momento que su vida estaría unida a ese hombre y sintió un vuelco en el corazón.

Fray Antonio fue llevando la conversación por sus gustos, sus estudios, sus padres, su familia, en fin, todo cuanto quiso saber del joven aspirante a pertenecer a la orden dominica. Pareció como si en pocos minutos, supiera hasta de su gusto por los números.

Una vez relajado observó al Padre prior y lo asoció con su propio padre, calculó que tendrían más o menos la misma edad, poco más de 50 años. Ese fue el primer encuentro que tuvo con Fray Antonio, la calidez con la que lo recibió, como si se tratara de un hijo que había vuelto de un largo viaje. Así llegó Agustín a casa.



La campana mayor de Catedral, que volvió a repicar con tono triste lo sacó de su ensimismamiento, eran las cinco de la mañana con unos minutos, hacía una hora ya que el Fraile había muerto. Los recuerdos se fueron haciendo vagos y ahora estaba ahí, cuarenta años después, frente a ese hombre que supo ser para él y sus hermanos de Congregación, un guía espiritual.

Las lágrimas fluían, era imposible detenerlas, era el momento de la partida, le tomó la mano, lo miró queriendo traspasar sus párpados cerrados y en voz baja, le dijo:

—Hasta pronto Señor, gracias por tanta bondad, —mientras le acariciaba la frente, era el momento de preparar la capilla ardiente.

El timbre lúgubre de la campana se volvió a oír y se repitió cada cuarto de hora, hasta contar al día siguiente cien campanadas, acto seguido resonó un doble general en todas las Iglesias de la metrópoli por espacio de una hora.

El cuerpo inerte del anciano fue embalsamado en ese amanecer triste y revestido con las insignias pontificiales, luego se trasladó a la capilla ardiente, que se instaló en el salón principal del palacio episcopal. Agustín no paró en los preparativos para honrarlo, cuidaba, hasta los últimos detalles de la instalación del dosel de terciopelo de oro y los cojines en los que reposaría por última vez el cuerpo del dominico. Luego vigiló que los altares que se levantaron a los costados del salón, estuvieran también debidamente instalados, ahí se celebraron las misas en forma continua en honor del difunto.

El cansancio lo venció y decidió retirarse a su celda, ahí se fue a llorar su pena mientras recordaba una y otra vez, los muchos momentos en que Fray Antonio dio testimonio de nobleza, que se traducían en obras de caridad hacia los más necesitados. «Que frugal es la vida», lo emulaba mientras se alistaba para descansar, y recordaba la calavera, acompañante del Obispo, la que motivó al Rey Carlos III a bautizarlo como *el Fraile de la Calavera*. El cansancio lo venció y en la conciliación del sueño profundo, su mente lo llevó treinta años atrás, a 1760, al convento de Valverde.

En un sueño lúcido se vio a sí mismo cuando tenía seis años de haber llegado al monasterio, y guiado por el Prior, adquirió los conocimientos necesarios, hasta convertirse en el administrador de la casa de los religiosos, entregando siempre cuentas precisas de los ingresos y gastos.